

AQUELLA FAMILIA DE AQUEL PUEBLO

Yo vi cómo el padre estrellaba la guitarra al hijo contra un árbol de la plaza, una noche de agosto. El padre borrachín, grosero, violento, los tenía amedrentados a los dos. A la madre fina, grácil, libélula por el aire, flor delicada en el pueblo áspero, le gritaba, la zarandeaba, la encerraba porque sí, porque le daba la gana. Al hijo, que tanto se le parecía físicamente y que intentaba a veces desprenderse de aquella tiranía, le había prohibido leer y viajar, tocar la guitarra y cultivarse, porque eran cosas de... maricones.

“A mí me habéis visto como a un perro, con lo que sea, con dolor de muelas, de cabeza, con lo que sea, y no me habéis dado ni un vaso de agua”, se oía la voz del padre despótico al pasar uno por la calle empedrada. “¿Será posible?, ¿será posible? ¿no va a haber nadie que me traiga el tabaco ” y se iba la voz gruesa y malhumorada perdiéndose por las habitaciones. “Y con este calor caldeando las tejas”, les decía, casi les gritaba, sofocado.

Al cabo de unos años murió el padre de cirrosis, en un hospital grande de una ciudad grande y extraña, mimado y atendido por los dos durante meses, velado por los dos, enterrado sólo por los dos en unos pocos metros de tierra removida, una mañana de tormenta. Y el hijo, sensible, fácil para la lágrima noble, ya hombre hinchado y destrozado por los somníferos, por el alcohol, por los intentos de suicidio, siguió viviendo con la madre viejecita, silenciosa, casi espíritu puro ya.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

En verano sacaban unas sillitas al portal de la casa y se sentaban juntos. Pasaba el cartero, pasaba el policía municipal, pasaban los señoritos del casino y la sacristana: “Buenos días, buenas tardes, buenas noches...” Pero ellos permanecían allí mirando sin mirar, sin responder, sin saludar. Como dormidos los dos, como perdidos los dos, momias tristes los dos.

**La
Gran
Lectura**

